

PARTE SEGUNDA

I

Eufemia á la Marquesa.

Baden, Julio de 186...

Aquí estamos desde hace ya diez días, mi adorada é inolvidable mamá, y aun siento en mi frente la huella de tus últimos besos y de las lágrimas de tu despedida.

¡Con cuánta pena me separé de tí! Y á pesar de irme con mi marido, á quien idolatro, ¡cuánto envidiaba á Cintia, que se quedaba á tu lado! ¿Me olvidarás por ella? ¡Ay! con dolor recuerdo que la esposa de mi hermano es encantadora y más dulce que yo, porque siente con menos vehemencia; por tanto, para la vida íntima tiene mejores dotes que tu pobre hija, *siempre*, como tú dices muy bien, *esclava de su gran corazón*.

Aunque te parezca inmodesta, te diré que mi llegada ha hecho en este sitio delicioso una marcada sensación: yo no sabía que fuera hermosa, y

me había limitado á no creerme fea. No obstante, donde quiera que voy me acoge un murmullo li-sonjero, y las mujeres más á la moda copian mis trajes y mis adornos; hay aquí una Princesa rusa, con la cual, sobre todo, me he empeñado en competir en elegancia y lujo: ella me envidia y me aborrece porque su marido me mira más de lo regular y no pierde ocasión de estar galante conmigo; es un diplomático, hombre de mundo, elegante y tipo de la distinción más noble y más perfecta, aunque ya va dejando de ser joven.

La Princesa Catalina de Kestrell es mucho menor que su marido, y llega apenas á los treinta años; es alta, delgada, pálida, blanca y delicada como una figura de nácar; paréceme que el ilustre Balzac debió conocer á una mujer parecida, al dibujar algunos de sus sublimes é incomparables tipos con aquella pluma mágica y sin rival en el mundo.

Los ojos azules de la Princesa están coronados de arqueadas y finas cejas de azabache, y negras también son las largas pestañas que los guarnecen; su rica cabellera, negra y espesa, se halla dividida en gruesas trenzas que oprimen sus sienes como un marco de ébano; su frente abovedada, su nariz aguileña y el delicado y puro óvalo de su rostro, dicen que su cuna es tan alta como su posición social, y que su inteligencia es más alta que ambas cosas.

Mucho debe de haber sufrido ya esta mujer, á

pesar de su juventud, pues á cada lado de su boca se ha formado un pliegue melancólico, y su sonrisa es también sobremanera triste; según se ve, no basta ser ricos para ser dichosos, y todas las ventajas del nacimiento, de la belleza y de la fortuna no alcanzan á preservar de ciertas penas que yo, por suerte, no comprendo todavía.

La Princesa tiene una encantadora niña de siete años, que se llama Adda, como la esposa de Abel; dicen que ha perdido otros dos hijos, y acaso sea esto la causa principal de su melancolía.

Nosotros tenemos una habitación del primer piso en el Hotel de los Príncipes, y Mr. y Madama de Kestrell ocupan otra enfrente de la nuestra: yo no sé cuándo ni cómo he herido á la Princesa; pero es lo cierto que ésta me mira con desdén y que no pierde ocasión de mortificarme: voy á ponerte un ejemplo.

Recibí yo hace cuatro días, de París, un cajón de confecciones que había encargado, y entre ellas venía una casaca blanca, bordada de oro y grana, para las tardes frescas, obra maestra de gusto y que me cuesta setecientos francos; el día mismo que llegó, me la puse por la tarde, y vimos en la playa á la Princesa y á su marido: ¡al día siguiente, la doncella de Madama de Kestrell llevaba una casaca del todo igual á la mía!

Yo hice que Germán me llevase al hotel, me dejé caer sobre un sillón, y lloré de despecho durante largo rato.

—Querida mía, me dijo mi marido, si te has de disgustar por esas cosas, te compadezco; desprecia esos alardes y riete de ellos.

Pero yo, declarada la guerra, no soy mujer que se deja vencer del enemigo; cada día me pongo un vestido nuevo y ostento una sombrilla guarnecida de cisne ó de encaje; á costa de un crecido sueldo semanal, Mlle. Isolina, una de las modistas de más boga en París, me trae todas las novedades antes que á nadie, y en esta semana ha hallado el medio de detener dos cajones que llegaban de París para la Princesa, y que contenían cosas que ella creía que yo no podría poseer jamás, y que ya he lucido antes de que ella las reciba.

Germán no repara en nada de esto: caza, juega, se pasea, lee periódicos y escribe á mi hermano interminables cartas.

Conmigo está galante, pero frío y reservado: parece como que ha hallado en mí otra cosa de lo que esperaba, y á veces creo que se halla en la disposición de ánimo de un hombre que ha hecho una mala especulación.

Sin embargo, está enamorado de mí; no miente su mirada, ni la dulce expresión que muchas veces toma su semblante. Las mujeres no nos engañamos nunca respecto de ciertas cosas.

Ayer ha llegado una extranjera bella, y tan joven que parece una niña; por la noche estuvo ya en el salón de damas del Casino; se sentó con

un libro en una otomana, y después tocó en el piano una preciosa pieza de Bellini; eran ya las doce cuando Germán me llamó desde la puerta para retirarnos; yo trabajaba en una labor de tapicería, esperando á que él volviese de jugar al billar.

Precisamente cuando él apareció en la puerta, miraba yo á la linda extranjera, y la ví ponerse pálida y casi en el mismo momento muy encarnada; seguí la dirección de su mirada, y observé que la tenía fija en mi marido.

Éste se alteró, aunque levemente; la saludó con la vista y sin hacer movimiento alguno perceptible, y me dijo en seguida con voz perfectamente tranquila:

—¿Vamos, querida Eufemia?

—Vamos, le respondí, apoyándome en su brazo.

Así que llegamos al terrado que precede á la entrada del Casino, le pregunté impetuosamente:

—¿Quién es esa mujer?

—¿Qué mujer? repuso sonriendo; había muchas en el salón.

—La que estaba sentada delante del piano.

—No sé, repuso; creo que la he conocido en París; á lo ménos estoy seguro de que es francesa, pero ignoro cómo se llama.

—¡Yo lo sabré mañana! exclamé.

—¿Y para qué?

—¡Ella te conoce!

—No lo dudo.

Calló, y yo también; pero desde anoche parece

que una mano de hierro me oprime el corazón. Repito que estoy cierta de que Germán me ama; pero ¿quién es esa mujer? ¡Ella y mi marido se conocen! ¡Se aman tal vez! ¡Acaso se habrán dado cita aquí! ¡Oh madre mía! ¡Dime que estoy loca! ¡Lo necesito, y no creí que me hicieran falta tan pronto tus consuelos y tus reflexiones!

EUFEMIA.

II

El Conde de Maceda á la Canonessa.

Baden, Julio de 186...

Inolvidable madre mía: el cielo de la vieja Alemania cobija tu santo asilo y esta residencia del placer, donde tu hijo se aburre de muerte.

Veinte días hace que me he casado, y ya me parece que han pasado algunos años desde que perdí mi libertad de soltero.

Tú, que á la susceptibilidad amorosa de la más tierna de las madres reunes la delicadeza cristiana de la religiosa, te admirarás ahora de que te escriba así, y de que te asegure que en este enlace que tú deseabas para mí, y que yo también deseaba, sólo hallé augurios de desdicha á los pocos días de haberse verificado; pero yo, madre mía, no era lo que parecía á tus ojos; yo he tenido

la piadosa hipocresía de engañaros, á tí, á mi padre y á mis hermanas, y era un libertino gastado y hastiado del mundo y de las mujeres que se llaman *á la moda*, y que para mí no tenían ya ningún atractivo.

Fácil te será conocer, madre mía, que cuando así descubro ante tus ojos mi corazón, deberé ser muy desgraciado y deberé estar muy sin esperanza de felicidad en la tierra.

Así es, en efecto, y me asusto del abismo en que he venido á caer, y en el que me he precipitado cegado por mi propia experiencia.

Sí, madre mía; yo elegí á Eufemia porque me parecía la más modesta y la más grave de todas las mujeres, y ahora me encuentro con que es la más vana, la más pueril, la más superficial de todas.

La elegí porque anhelaba salvar los restos de mi fortuna y no llegar á la miseria que me amenazaba en mi vida de soltero; y conociendo la sencillez de sus gustos y su aversión á toda coquetería, pensé que sabría llevar nuestro interior con la decente economía que corresponde á nuestra clase y sin locos gastos; pero ¡ay de mí! veo que no bastarían los tesoros de Crespo para satisfacer todos los caprichos de mi mujer.

La elegí para tener una compañera fiel y adicta, una amiga tierna, un corazón donde el mío pudiera descansar, y me he encontrado con una joven ociosa, displicente, inútil para compartir una alegría como para dividir un pesar.

Una de sus locuras en este sitio, á donde vini-mos por su gusto y no por el mío, es el empeño de competir con una Princesa rusa de la más alta distinción y de una fortuna colosal.

El lujo de Eufemia supera en mucho al de esta gran señora, que desciende por su madre de la rama gran ducal de Rusia, y cuya renta asciende á muchos millones.

De esta competencia que parece frívola á primera vista, saca mi experiencia deducciones muy fatales, y ve en ella un fondo negro que puede empaparse con torrentes de lágrimas muy amargas.

El Príncipe, marido de esa gran señora, rival de mi mujer en cachemiras y encajes, se ha prendado extraordinariamente de Eufemia y la sigue por todas partes.

La Princesa, que es coqueta y mujer á la vez del gran mundo y de notable talento, lo ha conocido, y se divierte en arruinarnos, precipitando á Eufemia cada vez en mayores gastos, pues lo que para ella no es nada, abre en nuestra ya modesta fortuna una brecha considerable.

No será extraño que yo mate al Príncipe el día que deje de ser hombre de mundo para ser marido de una mujer á quien se persigue.

Por lo demás, no son los triunfos de Eufemia tan generales ni tan brillantes como ella cree.

Su competencia con la Princesa la ha puesto en ridiculo: en todas partes el talento es sensato, y la vanidad excita la maledicencia: mi mujer,

además, no tiene las cualidades que se necesitan para hacer en el mundo un brillante y, sobre todo, un sostenido papel; es violenta, desigual, no sabe dominarse, y en la sociedad, lo mismo que en el interior de la familia, la calma es la fuerza, y toda dominación estriba en la sangre fría y en la tranquilidad.

No tengo yo paciencia para educar á esta niña rebelde, ávida de sensaciones, de amor y de los goces que se deben á la vanidad y al dinero: no la tendría ella tampoco para dejarse educar de mí, porque Eufemia se halla persuadida de que el matrimonio es la libertad; de que el amor es el constante coloquio y la perpetua contemplación de dos seres, y de que á la mujer se la debe adorar de rodillas.

Yo conozco que á otro marido le sería fácil educarla; yo no quiero, ni podría; era menester que yo me hubiera casado enamorado, y no ha sido así, ni tengo dotes de preceptor; me casé para que me educaran á mí, para que me salvaran de mí mismo, para ser bueno con el contacto de una naturaleza superior, pura y virginal; y al lado de esta mujer frívola, exigente, ligera y voluble, no sé cuál será mi suerte.

Pienso, además, que Eufemia va á caer en la manía de ser celosa: ha llegado á Baden una bella joven á quien yo traté en París hace dos años, y que perfectamente educada en San Dionisio, como hija de un oficial benemérito, se lanzó después, por

una cadena de circunstancias tristes, á la vida alegre y galante.

* Magdalena, que así se llama, ha guardado siempre cierto decoro en medio de su posición: le hubiera sido fácil casarse; pero no habiendo hallado lo que deseaba, ha preferido conservar la libertad con todos sus encantos: huérfana, sola y dueña de una renta regular, no necesita de nadie cuando llegue á la vejez, aun muy lejana para ella, pues sólo cuenta veintidós años.

Esta joven ha llegado á Baden, y no lo supe hasta que al acercarme á la puerta del salón de señoras, en el Casino, para llamar á Eufemia, la vi sentada al piano, donde acababa de tocar una sonata; por respeto á mi mujer, no la saludé más que con los ojos; pero ella se inmutó; la mirada de águila de Eufemia nos observaba y le hizo comprender la situación; me preguntó al salir, quién era aquella mujer, y yo le respondí que lo ignoraba, con el objeto de evitarle un mal rato; no obstante, ha ofrecido informarse por sí misma, y no dudo que lo hará, y que acaso dará algún escándalo con sus imprudencias.

Si lo hace, llevará un público escarmiento.

Magdalena es un ángel; acaso me amó cuando yo corría de desorden en desorden; pero es demasiado orgullosa, y no me lo dejó conocer, porque yo jamás quise ser su amigo.

Cuando salí de París, sostuve con ella una activa correspondencia, y mandé hacer para sus

cartas un cofrecito de plata en forma de libro y de gran precio.

Aquellas lípidas, tiernas y serenas cartas no dejaron traslucir jamás á la cortesana, sino á la mujer noble por su inteligencia, digna por el poder de su voluntad: si ella hubiera sabido que yo estaba casado y que me hallaba aquí, estoy cierto de que no hubiera venido.

Ya ves, madre mía, los gérmenes de desgracia que aparecen en mi matrimonio: mi mujer admite y alienta las galanterías de un hombre esposo de otra, y yo he hallado en mi camino la dulce y encantadora amiga que me ha consolado otras veces de tantas penas y de tantas decepciones.

El mundo me envuelve de nuevo en sus lazos impalpables, y me estrecha en ellos con una fuerza fatal, que sólo el sagrado cariño de la esposa podía contrarrestar.

Tú, tan buena y tan piadosa, ora al pié de los altares por tu hijo

GERMÁN.

III

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Julio de 186...

¿Qué es lo que veo en tu carta, mi querida y pobre hija? ¡Tú en lucha ya con tu marido! ¡tú celosa! ¡tú dominada por mil sentimientos amargos, por esos sentimientos que, como lava, abrasan todos los buenos instintos de la mujer! ¡tú sosteniendo una rivalidad tan ridícula como feroz, con otra mujer á la que supones desgraciada! ¡tú reconociéndote galanteada y perseguida por un hombre casado!

¿Dónde te has ido, pura y casta niña, modelo de todas las virtudes fáciles y sencillas? No, la que me escribe así, no es mi Eufemia; no, la mujer celosa, arrebatada, soberbia, empeñada en locos gastos, no es mi hija, no es la que yo eduqué, la que era mi más bella esperanza, pues creía que ofrecería el ejemplo de todas las virtudes de madre, de esposa y de cristiana!

Pero ¡ah, sí! al volver á leer tu carta fatal, mi corazón palpita dolorosamente, y por culpable que seas, el hálito del tuyo llega al de tu madre como una corriente eléctrica! ¡Sí, tú eres mi hija! no te reconozco porque te parezcas á la que antes tenía, sino porque te amo; á la manera que te reconoce-

ria aunque fueras desfigurada por una lepra horrible, te veo y te llamo á través de tu lepra moral, más terrible y más incurable que la del cuerpo.

Huye de Baden; véte á Madrid; entra en tu casa y ocúpate de tus deberes más que de las locas vanidades del mundo, que sólo dejan detrás el vacío, el hastío, y quizá el remordimiento, cuando se toman como única ocupación.

Voy á decirte la verdad, por dura que te sea. Cuando se forma en el seno de la mujer un mal peligroso, pero que la ciencia ha hecho curable, hay que desgarrar aquel seno para extirpar hasta las raíces de la dolencia fatal; hagamos lo mismo con tu dolencia, y ten valor para soportar el escarpelo que ha de quitarte el veneno de muchas ilusiones peligrosas.

Tu marido se casó amándote, pero de una manera que tú no comprendes; se casó porque le pareció que tú eras una mujer sencilla y digna, y no una niña aturdida y loca: cansado de frivolidades, buscó la paz de la familia, el sosiego de su hogar y la reposición de su fortuna; no se casó para hacerse brillar, sino para dejar de brillar él; no se casó para educarte, sino para ser educado por tí; no se casó por entusiasmo, sino por convencimiento, por comodidad, casi por cálculo.

Puedes considerar que, si hubieras tú tenido otras condiciones, no te hubiera yo aconsejado semejante boda; pero te creí á propósito para una

vida retirada y apacible, pues así habías querido llevarla siempre; además, te reconocía talento para reflexionar el día que lo necesitaras, y reconocí en tu marido bastante mundo para disimular algún tanto lo gastado de su corazón.

Juzga, pues, de mi doloroso desengaño; juzga del de tu marido, y si no tiembles por el que me has dado, tiembla por el que Germán ha sufrido.

El amor de una madre es inagotable, como el de Dios; el de Germán, dadas las condiciones de que te he hablado, puede ser muy quebradizo.

Llora al leer esto, sufre; apenas hay felicidad sólida que no salga del centro mismo de las lágrimas; después de agotado el llanto del corazón herido, la razón adquirirá su imperio y te ofrecerá apoyo seguro.

Feliz aquel que dice al despertar: «Yo quiero ser hoy mejor que ayer.»

Dios, hija mía, es tan bueno, que hace de la dicha un deber, enseñándonos que sólo podemos ser dichosos por la virtud.

Tu primera obligación es amar única y exclusivamente á tu marido, respetarle y considerarle tal como es, y procurar que, aunque tu juicio le culpe, tu corazón le defienda constantemente; la dicha más grande de la mujer casada consiste en considerar el hombre que le dió su corazón y su mano, sobre todos los hombres del mundo; y para esto, debe juzgarle siempre con indulgencia y

dispensar todos sus defectos, huyendo hasta de ver las galanterías de los demás.

Considera á Germán como un enfermo moral que necesita de tí, y no te complazcas en envenenar las heridas que le atormentan, pues serías más cruel que todos los extraños que se las han inferido.

Conozco á la Princesa Catalina de Kestrell, la he tratado, y jamás una niña inocente y bien educada ha ido al altar con más ilusiones que ella, ni las ha perdido más pronto.

Su marido, que la aventajaba bastante en edad, se parecía al tuyo; pero lo que en Germán son heridas, era en él cancer incurable y espantoso.

¡Ese es el hombre que te galantea; ésa es la mujer con quien rivalizas!

Catalina, ofendida por las asiduidades de su marido contigo, te ataca por la vanidad, pero jamás te atacará por el corazón: tú la atacas y hieres por ambas cosas á la vez.

Si yo no conociera á la Princesa, te diría:—Ten cuidado con Germán, porque esa mujer es irresistible.—Pero nada tienes que temer; la Princesa es también una noble criatura, y no ha provocado ni ha admitido jamás una sombra de galantería.

Con pié firme entró en la senda del deber, y con pié firme marcha por ella, aunque esté erizada de espinas; imítala, Eufemia: el que cumple con sus deberes, aunque éstos exijan algún sacri-

ficio, halla en sí mismo su recompensa. ¿No has probado siempre una satisfacción intensa al practicar una buena acción? Pues esto te da á conocer que está en nuestra mano el ser dichosos, y que, si no lo conseguimos, la culpa es nuestra.

Créeme, hija mía: ni los goces de la vanidad, ni los de la riqueza, ni las grandezas humanas, constituyen la felicidad; los elementos de la dicha son una buena conciencia, la honradez en los proyectos y la rectitud en las acciones.

¿Por qué estás celosa de esa extranjera, de esa joven que ha aparecido en Baden y que conoce á tu marido? Los celos rebajan la dignidad de la mujer, y mucho más cuando son injustos; deja á tu marido una libertad razonable, y ten fe en el respeto y cariño que te debe: cuida de hacerle dichoso, y, si lo es, no temas que deje la calma por las tempestades; la ventaja de los hombres que el mundo ha gastado, consiste en que desean ante todo la paz; dale tú esa paz que necesita, pero no la paz monótona y desabrida de una mujer sin inteligencia y sin deseos; no, hija mía; así como condeno la tempestad que empieza á desencadenar tus pasiones, tampoco puedes convertirte de repente en maniquí; sé igual, razonable, digna, suave, noble en todo; si Germán se irrita, opón, no miedo, sino calma y moderación; si te ofende, recuerda lo que te escribía yo antes de casarte: «La venganza más delicada es el perdón.»

Un hombre que tiene mucha cabeza y cuyo

corazón está gastado, ofende repetidas veces á una mujer vehemente como tú: esa será tu cruz; llévala con valor, que Dios estará por tí y contigo.

Sé su amiga, y no esperes de él ni demasiada generosidad, ni grandes sacrificios; el heroísmo, la abnegación, no son propios de las naturalezas varoniles, y sólo los poseen los hombres muy superiores. El saber y poder practicar las virtudes sublimes, es una de las glorias de la mujer, y es también una de las superioridades que ésta tiene sobre el hombre.

Véte al instante á Madrid, y, así que llegues, comunicame el estado de tu espíritu; en una sola carta no puedo corregirte y curarte; ante todo, reza, hija mía, reza; tu espíritu agitado necesita el bálsamo de la oración. Dios ha dicho: *Llamad y os abriré*. Llámale, y Dios irá en tu ayuda, como lo espera tu madre

ANA.

IV

Cintia á Modesta.

Castillo de Valflores, Julio de 186...

Yo no sé por qué, mi querida Modesta, mi corazón se lanza hácia el tuyo y busca en él reposo y expansión: la Marquesa, mi madre, no puede ser más buena para mí; mi esposo me considera